

El congreso de futurología

(Fragmento de la novela de Stanislaw Lem¹)

Comentario inicial: La escena sucede en la habitación del hotel Hilton donde se organiza el Congreso de Futurología al que el personaje, Ijon Tichy, fue invitado.

El agua de la canilla. Sí.

Desde el momento en que la bebí, comenzaron esos cambios. ¡Debía tener algo! ¿Veneno? Nunca había oído hablar sobre uno que... ¡Pero

¹ Stanislaw Lem (1921-2006) fue un escritor polaco. El congreso de futurología es su libro número un montón, donde sigue desarrollando la historia del personaje Ijon Tichy.

momento! Soy un abonado permanente a la prensa científica. Últimamente en *Science News* había aparecido una serie de notas sobre nuevos psicotrópicos del grupo de los llamados benignadores, que obligan a la mente a una alegría y buen humor sin referencias. ¡Pero sí! Tenía la nota ante los ojos del alma. Hedonidol, benefactorina, empatian, euforasol, felicitol,

altruisán, bonocarecina, ¡y una cantidad de derivados! Al mismo tiempo, la sustitución de hidroxilos por aminas permitía la síntesis de drogas como furiasol, lissina, sadistcina, flagellina, aggressium, frustrandol, amokolina y varios preparados rabiantes del llamado grupo biológico (inclinaban a golpear y maltratar al entorno, tanto inerte como viviente; parece que los

principales eran el patandol y la golpina).

El timbre del teléfono interrumpió esas ideas; al mismo tiempo se encendió la luz. La voz del empleado de la recepción del hotel, humilde y solemnemente pedía disculpas por la avería, que justamente había sido reparada.

Abrí la puerta al corredor para ventilar la habitación. En el hotel, hasta donde me daba cuenta,

reinaba el silencio. Medio
intoxicado, todavía lleno de deseos
de impartir bendiciones y caricias,
cerré la puerta con traba, me senté
en el centro de la habitación y
comencé a luchar conmigo mismo.
Mi estado de ese momento es
increíblemente difícil de describir.
Mis pensamientos en absoluto eran
tan lisos y tan inequívocos como los
consigno. Cada reflexión crítica
estaba como sumergida en miel,

envuelta en una yema batida con azúcar de una estúpida autosatisfacción, cada una chorreaba un almíbar de sentimientos positivos, mi espíritu parecía sumirse en el más dulce de los pantanos, como si se hundiera en esencias de rosas y azúcares. Me forzaba a pensar en lo que me resultaba más repugnante, en el canalla barbudo con la escopeta antipapa, en los licenciosos editores

de la Literatura Liberada y su
banquete babilonio-sodomita, de
nuevo en los señores J.W., H.C.M.,
M.W. y varios otros canallas y
sinvergüenzas, para comprobar
aterrado que amaba a todos, les
perdonaba todo: es más, de mis
pensamientos inmediatamente
saltaban como conejos argumentos
que defendían todo mal e
indecencia. El diluvio de amor por
el prójimo me hacía estallar la

cabeza. Lo que más me hacía sufrir es que lo que definen las palabras "tender al bien". En vez de pensar en venenos psicotrópicos pensaba ávidamente en viudas y huérfanos, a los que con placer protegería; sentía un asombro creciente al darme cuenta de que hasta el momento les había prestado tan poca atención. Y los pobres, los hambrientos, los enfermos, los miserables, ¡mi Dios! De pronto

estaba de rodillas frente a la valija y tiraba todo su contenido al piso buscando lo más decente para ofrecérselo a los necesitados. Y de nuevo las débiles voces de alarma resonaron en mi subconsciente: "¡Atención! ¡No te dejes engatusar! ¡Lucha! ¡Patea! ¡Sálvate!", gritaba algo dentro de mí, débil pero desesperadamente. Estaba cruelmente desgarrado. Sentía una carga tan poderosa de imperativo

categórico que no habría lastimado ni a una mosca. Qué lástima, pensaba, que en el Hilton no haya lauchas o siquiera arañas, ¡cómo las mimaría, amaría! Moscas, chinches, ratas, mosquitos, piojos. ¡Queridas criaturitas, gran Dios! De paso bendije la mesa, la lámpara y mis propias piernas. Pero los restos de lucidez ya no me abandonaban; por eso, sin perder tiempo, con la mano izquierda le di un golpazo a la

derecha que bendecía, tan fuerte que me retorcí del dolor. ¡Eso no estaba mal! ¡Podía ser, quién sabe, algo redentor! Por suerte esa "tendencia hacia el bien" era excéntrica: a los otros les deseaba cosas muchísimo mejores que a mí mismo. Como para empezar, me partí la jeta a sopapos tales que me sonó la columna y vi estrellas. ¡Muy bien, sigamos así! Cuando se me entumeció la cara, me puse a

patearme los tobillos. Por suerte tenía unos zapatos pesados, con una suela del carajo. Después de la curación de patadas furiosas, por un instante me sentí mejor, es decir, peor. Con todo cuidado traté de pensar cómo sería si también pateara al señor J.C.A. Ya no me resultaba completamente imposible. Ambos tobillos me dolían como la gran siete y quizá gracias a ese automaltrato hasta logré imaginarme

un codazo propinado a M.W. Sin prestar atención al dolor penetrante, seguí pateándome. Me servía cualquier cosa puntiaguda, por lo tanto recurrió al tenedor, después a los alfileres que saqué de una camisa sin estrenar. Pero no era unidireccional, más bien eran oleadas: después de unos minutos, de nuevo estaba listo para autoincinerarme por una buena causa, y volvía a explotar en mí el

géiser de nobleza y abnegación virtuosoa. No tenía dudas: e n l a c a n i l l a h a b í a a l g o. ¡¡¡Era cierto!!! En la valija tenía un somnífero que siempre llevaba pero nunca usaba y que siempre me ponía de un ánimo sombrío y agresivo; por suerte no lo había tirado. Tragué una tableta junto con la manteca ahumada (porque evitaba el agua como peste), después con esfuerzo ingerí dos

pastillas de cafeína para contrarrestar el efecto del somnífero. Me senté en un sillón y me puse a esperar con temor, pero también con amor al prójimo, el resultado de la batalla química dentro de mi cuerpo.